EL RIO.

Tú, cuyas aguas bajan sonorosas
En crecido raudal de la montaña,
Y dilatas tu curso en la campaña,
Coronado de selvas espaciosas,

Deja que en tus orillas venturosas
Mi pena esplaye. El llanto que me baña,
Mezclado á tus corrientes, te acompaña
Hasta el salado mar donde reposas.

Por entre riscos y asperezas veo
Que llegas á tu término prescrito,
Despues de describir ancho rodeo:

Solo mi padecer es infinito;
Pues vagando sin tino mi deseo,
El bien no llego á ver que solicito.

Dr. José A. Gomez

DON JOSÉ ANTONIO GOMEZ.

Si en todas épocas y en todos los paises ha producido la naturaleza varones insignes que han sobresalido, ya en las ciencias, ya en las artes, no se ha manifestado ménos pródiga en Mégico, donde han lucido

por sus talentos hombres dedicados á toda clase de profesiones científicas y liberales. Entre estos debe contarse el célebre profesor de forte-piano don José Antonio Gomez, ornamento de su patria, que ha brillado como la luna llena en el cielo, y á quien por su rara habilidad en el arte de la música dedicamos esta breve

BIOGRAFIA.

Nació en Mégico á **21** de abril de **1805**. A la edad de cuatro años pusiéronle sus padres á aprender las primeras letras, y fué tanta su aplicacion, que á los cinco y medio sabia ya leer y escribir; cosa por cierto no muy comun, y sí muy rara en esa edad.

Dedicáronle en seguida á la música, siendo su maestro su mismo padre, don José Santos Gomez; é hizo tales progresos, que al año y medio ya ejecutaba en el piano piezas muy difíciles; y esto con tal primor, destreza y conocimiento, que causaba admiracion, no solo á los particulares, sino tam-

bien á los profesores. Sucedió cierta vez que habiéndole convidado para que tocase un concierto, tuvo que trasportarlo por estar el piano medio punto bajo respecto de los instrumentos de viento; y aunque es verdad que nuestro jóven lo tenia estudiado, lo habia hecho en el tono de *do natural* en que estaba escrito, y no en el de *do sostenido* en que lo ejecutó, dejando sorprendidos á sus compañeros que saben lo difícil que es el trasporte, y mas á un tono como el que se ha dicho.

Sobresalió tambien en el canto, siendo tan conocido con el nombre de *el niño Gomez*, que siempre se le solicitaba para que cantase en las funciones de mayor solemnidad en la catedral, colegiata de Guadalupe y en todas las iglesias.

Dedicóse despues al acompañamiento bajo la direccion de los célebres profesores don Manuel Izquierdo y don Magin Ginesta, quien igualmente le enseñó los principios de la composicion, perfeccionándolo en ella don Manuel Corral, sugeto tambien de sobresaliente mérito. Fué tal su dedicacion á este ra-

mo, que apenas contaba diez años de edad cuando dió á luz algunas composiciones que merecieron el aplauso y aprobacion de los inteligentes. Su fecundidad y facilidad son tan grandes, que de *partituras* de 18 ó 20 renglones por llana, escribe 25 fojas al dia, con la muy notable circunstancia de no enmendar jamas sus borradores; así es que, de la primera plumada salen ya sus composiciones en limpio.

Una de las pruebas de que no hay exageracion en lo que llevamos dicho es, que despues de haber oido repetidas veces el famoso Garcia á distintos profesores, en solicitud de uno que dirigiese la primera escoleta de la ópera italiana en 1827, presentó á Gomez su graciosa ópera del *Amante astuto*, que tocó á primera vista y desembarazadamente, á pesar de estar muy mal escrita. La calificacion del mencionado Garcia fué cogerle del brazo y llevarle á casa del empresario, con quien quedó ajustado al momento el señor Gomez. Desde entónces desplegó sus talentos para director, de manera que puesto al piano, impulsa á una numerosa orquesta, llevando la

Solo en el alcázar
Del rey castellano,
Y en rico aposento
De techo dorado,
Un hombre no goza
Del sueño de tantos.
Enrique el segundo,
Enrique el Bastardo,
Que vida y corona
Quitara á su hermano,
Solícito espera
La aurora velando.
No porque le acosen
Recuerdos amargos
Del crímen que vieron
De Montiel los campos:
Temblaba algun dia
De verse las manos,
Mas ya se envanece
Del golpe villano.
Truecan de conciencia
Reyes adulados.
Del lecho mullido
Le tienen lejano
Sospechas que abriga

Señales visibles
De aprecio ni pago
Dió á los homenages
Que le tributaron.
« Tienes, Isabela,
Corazon de mármol, »
Cantábanla luego
Sus enamorados.
Hoy ya no se culpa,
Sabido el arcano,
Su dura esquiveza,
Su honesto recato.
De rey y vasallo,
De ilícito lazo,
La triste Isabela
Nació para el claustro,
Y ya el sacro velo
Le está preparado.
Vino para darla
Su primer abrazo
Enrique á Toledo:
Vendióselo caro.
Por toda una vida
De dias de esclavo,
Sin goces el alma

De cierto vasallo,
Que en prenda vedada
Sus miras acaso,
Por desdicha suya,
Puso temerario.
Paséase inquieto,
Y asómase cauto,
En una ventana
La vista clavando.
Ventana es aquella
Que fué muchos años
Hito de los ojos
De los toledanos,
Colgada de flores,
Vestida de ramos:
¡Verdes esperanzas
Que no se lograron!
Trovas y suspiros,
Cartas y regalos,
Nunca de las puertas
Adentro pasaron,
O nunca á lo ménos
El bello milagro
De tanto albedrío
Rígido tirano,

Y el cuerpo en un saco,
La dió un apellido
Regio, pero vano.
Cierto que con ella
No anduvo bizarro
El mas generoso
De los soberanos.
Fiad en virtudes
De razon de estado.
Tenia la hermosa
Para el holocausto,
Si el cuello obediente,
Los ojos llorando:
Enrique por eso
Vigila azorado
De su hija la casa
Frontera á palacio;
Que aquellos luceros
Deshechos en llanto,
« Duelo es de amor este »
Dijeron incautos.
Burlan las tinieblas
El celo del Argos,
Y abierto el postigo,
La luz con sus rayos

El espionage
Revela callando.
Sale del alcázar
El rey embozado,
Celoso dos veces,
Padre y soberano;
Y al tocar los muros
Que le dan cuidado,
Siéntense pisadas,
Llaves y candados,
Puerta cautelosa
Que se abre despacio,
Y seda que cruje
Rozada con paño,
Y dos voces oye
Decirse muy bajo
En son de cariño,
En eco de halago:
« Adios, Isabela:
Adios, mi Gonzalo. »
El rey queda inmóvil,
La espada en la mano.

II.

Cumplid la piadosa ley,
Hora mala para vos :
Sacerdote, hablad de Dios,
Y no me nombreis al rey.

¿No queda bien satisfecho
Su enojo con mi cabeza,
Si no postra la entereza
De este generoso pecho?

Pues á ese mezquino afan
Yo mi pundonor igualo :
No triunfará de Gonzalo,
Que soy Nuñes y Guzman.

Tengo vuestra absolucion
De lo que á Dios ofendí,
Pero fiel vasallo fuí :
No pido á Enrique perdon.

Crédito á mi labio dad,
Y tened por cosa cierta

Que no se miente á la puerta
De la oscura eternidad.

Solo supe que Isabel
Sangre de Enrique tenia
Cuando era ya esposa mia :
Culpe á sus misterios él.

Que si al mas alto lugar
Sabe amor alzar el vuelo,
Timbre que recata un velo
Mal se puede respetar.

Pero decís que al Señor
Un corazon usurpé :
Jamas Isabel su fé
Consagró á su Redentor.

Si encarcelada vivir
La mandó precepto injusto,
El silencio del disgusto
No es promesa de cumplir.

Dios su corazon formó ;
Y pues que no le hizo suyo,

Sin temeridad arguyo
Que á mí me le destinó.

Porque solo hacer dichosa
Mi vida Isabel pudiera,
Y falta al Señor no hiciera,
Entre tantas una esposa.

Y me dice la ventura
Que en sus brazos he gozado
Que pude sin ser culpado,
Ser dueño de su hermosura.

Pues bien no se halla real
Donde la virtud no asiste,
Y es inquieto, amargo y triste
Todo placer criminal.

En negro cadalso así
Veré con serena cara,
Contemplando en él un ara
De martirio para mí.

Y si, aunque erguida, me ven
Pálida un tanto la frente,

Es que al paso que inocente,
Soy querido y amo bien;

Y no puede sin temor
La tumba ver un amante,
Pues le señala el instante
De renunciar al amor.

Esto, padre, repetid
Al monarca de Castilla,
Y que empuñe la cuchilla
Luego al verdugo decid.

—

Enmudecido y absorto
De admiracion y piedad
Dejó la fúnebre estancia
El ministro del altar,
Y detras de un cortinage
Descubrió con pasmo igual
De un rey trocado en espía
Menguada la magestad,
Monarca en la vestidura,
Y reo en el ademan.

Con violencia respiraba,
Como en su sordo bramar
Hórrida esplosion anuncia
El hervoroso volcan.
En esto llegó un anciano
En hábito monacal,
Y entrególe un azafate
Cubierto de un tafetan.
Un pliego y unos cabellos
Venian allí no mas;
Súplicas de una infelice,
Despojos de una beldad.
Volvióse Enrique de espaldas
Para mejor ocultar
La conmocion que del pecho
Se le asomaba á la faz;
De recia interior batalla
Inequívoca señal.
Llegóse luego á una mesa,
Donde veíanse á la par
Cadenas y escapularios,
Licores, frutas y pan,
Cirios de amarilla cera,
Una segur y un dogal,
Y al pié del Crucificado,

Dios de mansedumbre y paz,
Hecho cetro de la muerte
Un pergamino fatal.
Desarrollóle el monarca,
Y en él con celeridad,
Dos palabras escribió,
Vencido el enojo ya:
Perdon era la primera,
La segunda *libertad*.

III.

De dos vírgenes tiernas
Apoyada en los hombros,
Trémulas las rodillas,
Desencajado el rostro,
Respirando congojas
Y hablando por sollozos,
Isabel lentamente
Se arrastra al locutorio,

Donde la está Gonzalo
Esperando anheloso.
Detiénese la triste
Para alentar un poco,
Desembargar la lengua
Y serenar los ojos.
Mostrar abatimiento
Parécele desdoro
De la consorte fria
Que con ánimo heróico
En vida se sepulta
Por dársela á un esposo.
Para que á su semblante
Suban matices rojos,
Sangre le pide al pecho
Dilacerado y roto;
Y para ver al hombre
Que en tiempo mas dichoso
Su ídolo fué adorado,
Su bien único y solo,
De la virtud y el cielo
Confía en el socorro.
Compónese la toca,
Desdobla el cuerpo airoso,
Del trage penitente

Repara el abandono,
Fija en una medalla
Osculos mil devotos,
Y á vista de su amante
Ofrécese de pronto
Cual ángel cuya planta
Huella el poder del Oreo.
Largo rato es del labio
El ministerio ocioso,
Que al través de las rejas
Que al mundo ponen coto
Los dos enamorados
Se dicen sin estorbo
En las miradas mucho,
En los suspiros todo.
Dando al fin á la lengua
Súbito desahogo,
Isabel á Gonzalo
Háblale de este modo

« Al alzar por mi mano las barreras
Que de tí me separan y del mundo,
Quise que nunca mi dolor profundo
Con tu vista vinieras á aumentar.

Hoy te agradezco que mi ley quebrantes,
Plácida recreándome la idea
De que Gonzalo la constancia vea
Con que sé mi existencia soportar.

Entre temer la culpa y expiarla
Paso los dias y la muerte espero;
Pero á este precio tu vivir adquiero:
Dulce por tí se torna mi dolor.

Cuando recuerdo que mi amor bizarro
Conserva á España su mejor caudillo,
Corro al altar y ante el Señor me humillo,
Y bendigo su mano de rigor.

A vida sin placeres condenada
Desde que á ver la luz abrí los ojos,
Vejetando entre canas y cerrojos,
Fuí como planta que sin sol creció.

Las trovas que cantaron á mi reja
Galanes mil en amoroso ruego,
Yo las oia como escucha el ciego
El estruendo del mar que nunca vió.

Por tí mi corazon aletargado
Peñasco estéril, arenal desierto,
Se vió de flores de placer cubierto,
Y amaneció la dicha para mí.

Aquellas horas de dulzura llena,
Un beso tuyo, tu menor halago,
Yo, Gonzalo querido, no los pago
Ni con un siglo que suspire aquí.

Mil años de penar en el infierno
Fueran de tanto bien premio mezquino.
Perdona mi locura, Juez divino,
Compadece á una mísera mortal.

Habla al esposo la infeliz esposa,
Y se despierta su cariño blando;
Hablo al que todavía estoy amando,
Porque me vence mi pasion fatal.

¡Ah! no lo permitais, Dios poderoso,
Ni tú lo creas, mi Guzman querido.
Nunca sobre tu amor caerá mi olvido,
Pero á ponerle freno aprenderé.

Mas entre tanto que angustiada lloro,
Quizá en otra muger pérfido adores.
No profanes jamás nuestros amores;
Prométeme, Guzman, eterna fé.

¡Me miras y del manto te despojas!
¡De Alcántara la cruz muestra tu pecho!
¡Y yo, Dios mio, de su fé sospecho
Cuando se acoge como yo al altar!

Hora centro comun de nuestras almas
Dios que desde su trono nos inspira,
Nuestro cariño mirará sin ira
Que á su seno amoroso va á parar.

Y la esposa podrá de dos esposos
Implorar al Eterno por el hombre
Que para gloria de su santo nombre
Lidiará de Granada en el confin.

Y al escuchar las ínclitas hazañas
Con que triunfe Guzman del agareno,
Confundiré sin crímen en mi seno,
Mano y orígen, instrumento y fin.

Que de mi amor con dura penitencia
La parte terrenal acrisolada,
Yo amaré tus virtudes y tu espada
Como destellos del poder de Dios.

Y tras vida de paz sin amargura
tranquilos á la huesa bajarémos,
Y en el cielo por fin nos unirémos
Por edades sin término los dos.